

Bonpland la pistola que tenia en la mano y..... se descargó.

El tiro resonó en los bosques..... cuando se disipó el humo, habian desaparecido los zambos..... El mulato estaba sin vida, tendido en el suelo.

Empero en los bosques reinaba un silencio de muerte; solo las magníficas constelaciones, la cruz, la corona, la abeja, los centauros..... lucian en la altura con esplendente luz.

## CAPÍTULO XII.

### El capuchino y la mision de San Fernando.

A una jornada del hospicio en donde habian pernoctado Alejandro y Bonpland, distinguieron como á una legua de distancia, la mision de *San Fernando*.

¡Cómo latia el corazon de Bonpland! Aunque la fatal explosion de la pistola habia interrumpido la confesion del viejo zambo: sin embargo, creia haber encontrado ya las huellas de Nunú; porque estaba casi seguro de que su padre al habia llevado á las misiones. ¡Acaso seria á San Fernando á donde se dirigian en

aquel momento? Aimé estaba impaciente por llegar á la mision. Con respecto al mulato, le habia salido la aventura mejor de lo que parecia al principio. La bala habia rozado solamente la parte carnosa de un brazo; pero el susto le habia tendido en el suelo. Aimé, como médico, habia vendado luego la parte ofendida, y por su buen tratamiento le resultó la ventaja de que el mulato se le ofreciera como criado. Humboldt habia consentido. El mulato habia encomendado sus mulas cargadas con cueros, á otro arriero que iba para Cumana, dándole una pequeña gratificacion.

Una vereda muy angosta llevó á la pequeña caravana á una extensa y húmeda llanura.

En la zona templada se hubieran formado con esta humedad, praderas cubiertas con inmensas alfombras de césped; allí pululaban las plantas acuáticas, de la especie *Canné*, entre las cuales sobresalian como reinas las magnificas flores de *costus*, de *talias* y de *heliconias*. Estas plantas jugosas miden una altura de ocho hasta diez piés, y se encontraban tan compactas que formaban bosques enteros.

Todo esto llenó de admiracion á Humboldt y á Bonpland; pero lo que les llamó la atencion en un grado superior, fué un bosque de bejucos.

—¡Cielos! exclamó Humboldt; ¿puede haber cosa más bella é imponente que esta especie de *gramineas* de una altura de mas de cuarenta piés?

—Teneis razon, contestó Bonpland! Ved como la forma y posicion de las hojas le dan un aspecto lijero que forma un agradable contraste con su esbelto tallo.

—Tambien es gracioso el movimiento del tronco liso y brillante, al menor soplo del viento.

—¿Cómo llaman á esta planta en este país? preguntó Bonpland al mulato.

—«Jagua», amo! contestó este. Caymas llamarle *guadua*.

—Es *Arundo donax*, dijo Aimé. Lo hay tambien en la Europa meridional; pero lo que crece allá, no tiene comparacion con esta planta colosal. El bejuco de las Islas Orientales, los *calumets des hauts*, bambú ó *Nastus alpina*, de la isla de Borbon, el *guaduas* del Sur de América, acaso aún las *Arundinarias* de las orillas del Mississippi, pertenecen á este grupo de plantas. Pero.... ¡con mil diablos! se interrumpió Bonpland; tengo mojado todo el cuerpo, como si hubiese estado con D. Vicente de Emparan en el Manzanares.

—Lo mismo me sucede á mí, dijo Humboldt.

—Pero ¿qué significa esto?

—¿Podeis acaso preguntar? ¿No sentís como si hubieseis estado en un baño de vapor?

—Sí por cierto.

—La evaporacion con los rayos del sol es aquí tan fuerte, que estamos completamente empapados. (1)

El aire era apenas respirable como el de un invernáculo calentado con estufa, por lo que se apresuraron los viajeros á llegar á la mision situada en un terreno ménos húmedo.

Ambos lados del camino estaban cubiertos con masas compactas de bejuco, que conducian á una elevada llanura. Allí estaba *San Fernando*, la primera mision que visitaban Humboldt y Bonpland en América.

En las colonias españolas significa la palabra *mision*, ó *pueblo de mision*, cierto número de casitas situadas al rededor de una iglesia, en la cual un misionero está encargado del culto. Las aldeas de indios que están bajo la vigilancia de curas, se llaman *pueblos de doctrina*.

—¡Alabado sea Dios! dijo Bonpland; allí está la mision, delante de nosotros.

En efecto, divisaron un reducido número de cabañas de indios, muy apartadas unas de otras, construidas con ramas de árboles y estacas; todas iguales en forma y construccion, y tiradas á cordel, de manera que formaban callecitas muy bien alineadas, que se cruzaban bajo un ángulo recto.

La construccion uniforme, el aspecto silencioso, aéreo,

(1) Viaje etc., entrega II., pág. 304.

casi melancólico de los habitantes, todas familias de la tribu de los caimas; su mirada tímida, su encogimiento, todo ello indicaba el espíritu y el gobierno frailesco que dominaba allí. Ninguna familia poseía su huertita junto á su cabaña, como la tenian los indios de Cumana; pero tanto más se distinguía el *conuco* de la comodidad. En esta huerta tenian que trabajar, como en todas las misiones, los adultos de ambos sexos, en horas determinadas, por mañana y tarde.

El producto de esta huerta, aunque algunas veces de mucha consideracion, no les pertenecía á ellos, sino á la *Iglesia*.

Los vestidos de los indios de la mision, eran de la misma clase que los de los indios Caymas. Tambien allí llevaban, hombres y mujeres, muchachos y muchachas, la camisa corta y sin mangas; y para que se pusieran los indios este abrigo insignificante, tuvieron que emplear los misioneros todo su poder y autoridad. Lo usaban en la calle y en la Iglesia, pero apenas llegaban á sus cabañas, se desnudaban. Tan profundamente está enraizada en el hombre de color cobrizo el amor á la libertad é independencia, y es característico en todas estas tribus semi-salvajes la tenacidad de conservar sus antiguas costumbres y usos.

Las niñas no llevan vestido alguno.

En las mujeres y niñas, notaron los viajeros algo de lánguido y melancólico en sus miradas, que contrasta agradablemente con la expresion dura y salvaje

de su boca; el pelo, lo llevaban en dos largas trenzas; no tenían pintada la piel, y no llevaban á causa de su pobreza, mas adorno que el de brazaletes y collares hechos de concha, huesos de aves, etc. Tanto los hombres como las mujeres, tenían una constitucion musculosa, pues el cuerpo mostraba casi siempre formas mórbidas.

La pequeña caravana llegó á San Fernando, y como llevaba recomendaciones del Síndico de Cumana, se dirigió directamente á la iglesia, en donde el edificio del misionero se distinguia claramente de entre las miserables chozas de los indios.

Era una casa de un solo piso, de aspecto alegre, construida al estilo moderno, rodeada de corredores, que estaban cubiertos con enredaderas, en tanta abundancia, que ofrecian un lugar bastante fresco y muy ameno. Arboles frondosos daban á todo el edificio y á sus alrededores una sombra muy agradable en aquellos climas; un manantial de agua muy cristalina, aumentaba considerablemente lo fresco, tan apetecible en aquellas regiones de calor tropical.

En un gran sillón de madera colorada, estaba sentado un padre capuchino, de figura obesa. Era el padre misionero de San Fernando.

Al acercarse Humboldt y Bonpland con sus criados y mulas, cargadas con sus aparatos y equipaje, estaba ocupado el padre con dos indios, [que le habian traído una vaca, de manera que no notó á los viajeros.

Esta circunstancia les proporcionó la oportunidad de observar al digno monje.

Ya debía ser hombre de edad, pero su cara redonda y bien conservada, con sus facciones bondadosas que indicaban el mayor contento, sus ojos pequeños, pero vivos y alegres, desmentian casi lo que indicaban sus cabellos blancos. En él debía haberse burlado el buen humor de la soledad, y tampoco parecia exagerarse en la abstinencia, á lo menos así lo indicaba su gran robustez. No habia ni indicios de la melancolía mística de esa vida aislada de cláustro, como se cree que en Europa, la llevan los pobres misioneros. Tampoco tenia traza de ocuparse mucho en la conversacion de los paganos; mas bien parecia que el buen hombre preferia pasar el dia entero cómodamente en su sillón entre el fresco agradable de talias y heliconias.

En aquel momento, á lo menos, no le preocupaban ni la conversacion de los paganos ni los asuntos de la mision. Negocios mas importantes reclamaron su especial atencion: una vaca que le habian llevado, debía de ser mata-da al dia siguiente, y para esto estaba dando las órdenes á dos indios habitantes de la mision (1).

Concluido este importante asunto, y despues de haber vuelto á poner sus manos sobre el vientre, observó á la pequeña caravana que acababa de llegar y que se

1) Viajes, etc. tomo 2.º pág. 307.

detuvo pocos pasos, de donde estaba sentado el misionero.

Humboldt creyó en esta ocasión ser recibido con una mirada siniestra por parte del padre, porque sabía por D. Vicente Emparan, que la mayor parte de los misioneros, odiaban la visita de un extranjero, que observa el régimen interior de esos establecimientos; de manera, que con el pretexto de conservar la disciplina del convento y el cuidado de la moralidad de sus subordinados, no permiten á ningún blanco del estado laico, permanecer mas que una noche en las misiones.

Más en este caso no sucedió así. El padre capuchino era vividor, y por este motivo le agradó sobre manera ver la visita inesperada, que le podía dar muchas é interesantes noticias del mundo, y principalmente de *Europa*, y con la cual podía platicar sobre la guerra y la paz, sobre encuentros y sitios ..... cosas que mucho le entusiasmaban (1).

No por eso se levantó; pero sus pequeños ojos se mostraban contentos; con un movimiento de cabeza dió la bienvenida á los forasteros, y despues de haber visto superficialmente la recomendacion del gran síndico y del padre guardian de su convento de Cumana, así como la del secretario de Estado de Madrid, dió la bienvenida á Humboldt y á Bonpland con verdadera cordialidad, dando órdenes á los criados, de tener cuidado de las mulas y

(1) Viajes. etc., tom. II. pág. 307.

el equipaje, y de traer sillas y algun refresco para los viajeros.

De este modo se habian instalado estos sin encontrar resistencia en la casa de los misioneros de San Fernando; y en verdad, la tranquilidad en el punto hermoso y fresco en donde estaban sentados junto al padre, delante de una mesa cubierta con pan de maíz y fruta, les venia bien, despues de haber caminado tanto con un calor muy sofocante. Ambos se sintieron como en el paraíso, y solo las muchas preguntas impertinentes del misionero platicador, interrumpian en algo este goce.

El buen padre los consideró como dos periódicos vivientes. No pudo saber bastante sobre su buena patria, la España y Aragon; sobre la guerra con los ingleses y las relaciones con Francia; pero no manifestaba un profundo interes en todo esto; sino por el contrario, recibió las noticias con inocencia infantil, y se alegró de ellas, como si escuchara cuentos de célebres bandidos.

Lo confesó francamente, y lo halló muy en orden, por estar sentado todo el año en su sillón en un lugar tan aislado de lo demás del mundo exterior.

La gratitud de Humboldt por su buen recibimiento le dió la paciencia de satisfacer la curiosidad del padre; mientras Bonpland se habia ausentado, sin ser observado, para tener informes de Nunú, lo que hacia con mucha cautela.

Despues de haber satisfecho la curiosidad del padre, tomó la conversacion mas interés para Humboldt..

Preguntó al misionero respecto del modo de vivir de sus subordinados, y éste le contestó de buen humor.

—Bien, el modo de vivir de ellos es tan monótono como puede ser. El arte de nuestro gobierno es el de un relojero, una vez dada la cuerda al reloj, anda, y para que no se pare se le vuelve á dar. A las siete de la noche aquí todo el mundo se recoge, en cambio á las cuatro de la mañana llama la campana á la gente al trabajo; primeramente se trabaja en el *conuto* de la comunidad, porque las primeras y mejores fuerzas pertenecen á la Santa Iglesia. Despues de haber trabajado toda la comunidad en beneficio de la mision, vá cada uno á cuidar de sus negocios propios, hasta que en la tarde se les vuelve á llamar para reunirse en la huerta de la comunidad; los domingos y dias de fiesta hace valer la Iglesia sus derechos. Así pasa un dia como el otro, con la mayor exactitud; y en esta regularidad férrea, que hace imposible algun deseo de independenciam, es como se les acostumbra á preservarse de lo superfluo; he aquí todo nuestro arte para amansar indios.

—¿Y no contribuyen á eso tambien las suaves y humanas máximas del cristianismo? preguntó Humboldt.

—¡Oh, por supuesto! contestó el padre; la disciplina eclesiástica nos sirve para mucho.

—¿Y lo entienden bien?

—¿Entender? repitió el padre admirado. ¿Qué queréis decir con esto respecto de los indios?..... Además, la Iglesia exige solamente la fé. Con la fé se salva, y con

esto todo está hecho. Estoy contento si consigo que estos diablos se pongan una camisa y no anden desnudos como Adan y Eva, que oigan misa todos los domingos, y que no huyan á los bosques.

—¿Por manera que será difícil detenerlas en las misiones?

—Muy difícil, en efecto: el demonio de la barbárie está en todo su sér..... no hay gente mas terca que estos indios. Tienen ademas de su cabaña en la aldea, cada uno en un conuco, junto á un manantial, ó á la entrada de una barranca muy aislada, otra choza de poca extension, cubierta con palmas y hojas de plátanos, y aunque viven allí con ménos comodidad que en la mision, prefieren estar en ella.

—Es decir que tienen un instinto irresistible para huir de la sociedad, dijo Humboldt, y volver á la vida del desierto, es decir á estar independientes.

—Sí, y con todos los demonios del desierto, dijo el padre con exaltacion, los niños mas chicos huyen con frecuencia de sus padres, manteniéndose cuatro ó cinco dias en los bosques de pura fruta, de raices y otras cosas. Pero hablando del andar en los bosques, ¿no me habeis dicho todavía, con qué objeto estais aquí?

Humboldt no pudo ménos que sonreir por el salto tan repentino de las ideas del digno padre. Despues dijo:

—Pensaba que lo hubiérais sabido en las cartas de recomendacion que os presentamos.

El misionero, puestas las manos en el abdómen, con la expresion de un gran bienestar en sus facciones y una sonrisa en los labios, movió la cabeza.

—Allí está anotado, aseguró Humboldt.

—Era demasiado largo para mí, dijo el capuchino.

—Pues bien! dijo Humboldt de buen humor, mi amigo y yo somos naturalistas.....

—¿Qué cosa? preguntó el misionero.

—Naturalistas! repitió Humboldt.

—Es decir: médicos y buscadores de oro?

—Lo primero en parte, pero no lo segundo.

—No comprendo entónces lo que pudo haberos motivado á emprender un viaje tan largo y penoso. ¿No os iba bien en vuestros hogares?

—¡Oh, sí! dijo Humboldt, con una sonrisa

—Entónces no puedo comprender como habeis podido dejar vuestra patria, continuó el misionero estirándose con mucha flemma en su sillón, y arrojando una mirada cariñosa á la mesa, ricamente prevista y á sus alrededores.

—Ved, dijo, yo me encuentro muy bien aquí, en donde está mi hogar. Trato bien á los indios, veo progresar la mision, dejando casar á las muchachas á la edad de trece años, (su sonrisa fué mas satírica)...... tengo muy cerca el manantial de una agua deliciosa y de exelente

calidad, como no hay mejor en toda la Nueva-Andalucía; plátanos sabrosos en abundancia, higos, palmas, tan bueno como lo mejor de vuestras legumbres; leche y miel como en el país prometido; caza, tanta como la deseo, porque mis inditos trigueños se consideran felices si les mando á cazar en el nombre de la Santa Iglesia y de la mision; ¿cómo me habia de venir pues la idea de viajar por pura curiosidad, como vosotros lo haceis?

Humboldt sonrió y dijo:

—No viajamos por curiosidad.

—Pero por la Santísima Virgen, ¿porqué buskais tantas penalidades?

—Para investigar en cuanto cabe en nuestras fuerzas, la naturaleza, en sus elevaciones y profundidades.

El misionero miró admirado á Humboldt.

—¿Investigar la naturaleza? repitió incrédulo, ¿y para que sirve esto?

La reposada y digna apacibilidad, que mostraba siempre Humboldt, se reflejaba entónces en sus miradas y facciones. Habia en aquel momento algo de magestuoso en todo su continente y un entusiasmo que expresaba su contento interior, brillaba en sus ojos, cuando dijo:

—Así como la historia universal procura presentar las relaciones verdaderas y originarias de los acontecimientos, y resuelve muchos problemas en el destino de los pueblos y su progreso intelectual, ya retenido, ya ace-

lerado; del mismo modo buscamos por medio de la investigación científica de la naturaleza en sus diversos fenómenos, desvanecer una parte de las contradicciones que á primera vista ofrecen en sus efectos las fuerzas de la naturaleza que se combaten. Tratamos de procurarnos, con un verdadero é incansable anhelo, una vista general y extensa del gran conjunto de la naturaleza. Una contemplación general y extensa de esta clase, eleva en nosotros la idea de la dignidad y majestad de la misma naturaleza; ejerce una influencia purificadora y tranquilizadora en nuestro espíritu, porque anhela, por decirlo así, á hacer que desaparezca la desconcordancia de los elementos por medio de descubrimientos de grandes y eternas leyes..... de las leyes que dominan en los delicados tejidos de las materias terrestres, en la pequeña célula de las plantas, que se pueden conocer solo por el microscopio, como en el archipiélago de las estrellas nebulosas de la mar solar de la via lactea, y en el vacío horripilante de desiertos, *que carezcan de mundos*. Una contemplación general y extensa, nos acostumbra además á considerar cada órgano por sí como parte del conjunto infinito, reconocer en la planta, en el animal y en el hombre, ménos el individuo ó la especie aislada que la forma de la naturaleza combinada con el conjunto de la formación. Esta contemplación *ensancha por consiguiente de un modo satisfactorio nuestra existencia intelectual*, y nos pone en contacto con todo el universo,

aunque nos encontremos en el interior de los bosques vírgenes ó en la horrible soledad de las llanuras y de las sabanas. Y:..... *para el naturalista se ensancha y se renueva sin cesar el secreto originario de todo lo existente en la diversidad y en el cambio periódico de las cosas vitales*. Se conoce que no faltará el universo al audaz conquistador científico, ni en el continente, ni en la profundidad de la mar, ni en la inmensidad del cielo, aún despues de millones de años. (1)

Dicho esto, guardó Humboldt silencio por un gran rato, pero en sus ojos se notó el entusiasmo y en sus facciones habia algo que recordaba á los profetas.

El misionero no sabia lo que le habia pasado. Puestas las manos sobre su abdomen, y en sus facciones una expresión de admiración, no pudo comprender absolutamente lo que acababa de decir su huésped. Una sonrisa incrédula se notó en el ángulo de sus labios.

En el mismo instante trajeron los creados los aparatos de Humboldt que habian desempacado, por haberlo así ordenado Bonpland.

El padre los miró con sorpresa.

—¿Qué cosas tan extrañas son estas? preguntó.

Humboldt le explicó su objeto y el modo de usarlo.

Entónces se volvió á notar otra sonrisa, pero en esta vez algo burlesca en las facciones del padre que dijo:

(1) Estas son ideas que escribió mas tarde Humboldt en el "Cosmos" parte 1.<sup>a</sup> págs. 22 y 23.



—Por Dios y todos los Santos! Sois unos verdaderos locos! Lo qué estais haciendo no es mas que un juguete inútil. Para satisfacer vuestra curiosidad, para hallar alguna planta ó medir un cerro en América, abandonais vuestra patria y vuestras comodidades, exponiéndoos á grandes riesgos, peligros y contratiempos?..... ¡Oh que locura!..... Yo por mi parte os digo: de todos los goces de la vida, *exceptuando el sueño, es lo mas delicioso un buen pedazo de carne de res.*

En aquel momento sonó una campana de la iglesia, llamaban á misa.

El padre misionero se levantó con mucho trabajo del sillón, y con un profunda suspiro, por ser perturbado de su reposo, de un modo tan desagradable.

—Así nadie puede vivir en paz, dijo para sí. Luego dió mas órdenes á sus criados respecto de la matanza de la vaca, saludó apaciblemente á sus huéspedes y se alejó.

(1) Historia. Viajes, etc., Tomo I pág. 374.

### CAPITULO XIII.

#### La barranca encantada.

Luego que se fué el monje, Humboldt no pudo contener una sonrisa de compasion, y dijo para sí: «La sensualidad se demuestra siempre cuando falta el trabajo intelectual,» y con mas celo emprendió sus trabajos.

Se habia propuesto determinar geográficamente el lugar de la Mision; pero ántes queria conocer las costumbres de los indios Caimas, visitándoles en sus chozas. A muy pocos encontró en ellas, pero de algunas salia humo, señal de que se encontraban allí sus moradores.